

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Wellington despues de la batalla de Waterloo.—Sus despachos al duque de Berry.—Su carta á Dumouriez.—Su entrada en Francia.—Proclama dirigida á los franceses.—Escribe al duque de Feltré y á Mr. de Talleyrand.—Entrada de Luis XVIII en Francia.—Conferencias de Haguenau.—Contestacion de Wellington á los plenipotenciarios franceses.—Separacion de Mr. de Blacas.—Luis XVIII en Cateau-Cambresis.—Su proclama á los franceses.—Llegada á Cambrai.—Segunda proclama á los franceses.—Tentativas de Fouché cerca de la comision de gobierno y en favor de los Borbones.—Davout es nombrado generalísimo del ejército.—Gestiones de Mrs. de Vitrolles y Ouvrard con los gefes del ejército.—La comision de gobierno acuerda la detencion de Mr. de Vitrolles.—Su fuga.—Representacion de varios generales á la Cámara de los representantes.—Sesion de la Cámara de los pares.—Salida de plenipotenciarios para negociar un armisticio con Wellington y con Blucher.—Conferencias de los mismos con Wellington.—Blucher se coloca á la orilla izquierda del Sena.—Situacion de la Francia.—Fuerza del ejército.—Excelmans ataca y derrota á un cuerpo de caballeria prusiana.—Consejo de gobierno.—Consejo de guerra en la Villete.—Davout recibe autorizacion para capitular.—Sus gestiones con Blucher.—Respuesta de éste.—Fouché envia al coronel Macroni á tratar con Wellington y al general Tromelin con Blucher.—Conferencias de Saint-Cloud.—Capitulacion de Paris.—Adopcion del convenio de Saint-Cloud por la Cámara de representantes.—Agitacion del pueblo.—Oposicion del ejército.—Entrada de los prusianos é ingleses en Paris.—La Cámara de representantes.—Votacion de la Constitucion.—Entrevista de Fouché y de Wellington en Neuilly.—Fouché es presentado á Luis XVIII por Mr. de Talleyrand.—Conferencia.—Nombramiento de Fouché para el ministerio de Policia.—Composicion del ministerio.—Entrevista de Luis XVIII y de Mr. de Chateaubriand.—Conferencias de la comision de gobierno.—Ocupacion de las Tuillerias y expulsion de la comision por Blucher.—Dispersion de la Cámara de los pares.—Mr. Decazes hace cerrar la Cámara de los representantes.—Impotencia de La Fayette.—Entrevista de Carnot y de Fouché.

I.

La vispera de la batalla de Waterloo, lord Wellington, temiendo un éxito mas favorable del ataque dispuesto

por Napoleon contra el bosque de Soignes, y preparándose ya á verificar una retirada eventual con sus propias tropas, que hubiera dejado en descubierto asi á Bruselas como á Gante, habia escrito al duque de Berry para que obligase á Luis XVIII á abandonar este último punto al primer aviso. Todo era dudas y desconfianzas en la residencia del rey, pues acostumbrados como estaban á los triunfos de Napoleon, y no siéndoles aun bien conocidos el genio de Wellington ni la fogosa temeridad de Blucher, nada bastaba á dar seguridades á la corte. El rey se preparaba resignadamente á llevar aun mas allá sus reales y su gobierno, y si preciso fuera hasta el otro lado del mar. El estampido del cañon no habia cesado de resonar un momento durante todo el dia 18 de junio hasta en las alturas mas próximas á Gante. Las mas alarmantes noticias esparcidas en Bruselas por los bagageros fugitivos del ejército inglés, y llegadas con exageracion á los oidos del rey y de los príncipes, habian convertido por ellos aquella jornada, á la que debian sin duda la patria y el trono, en un dia de angustia, de pánico y de desesperacion. Y á la verdad, su suerte estaba decidiéndose á una distancia demasiado corta para no sentir una viva emocion, y demasiado larga al mismo tiempo para hallarse al corriente de todas sus peripecias. Wellington trató de sacarlos de su zozobra en la misma noche que siguió á la batalla, escribiendo él mismo al duque de Berry, que mandaba el pequeño ejército del rey en Alost, y anunciándole la victoria. «Como espero que mañana podré ya atravesar la frontera, decia el general vencedor, ruego á V. A. se ponga inmediatamente en camino para salirme al encuentro. Escribo tambien al rey suplicándole emprenda su movimiento con igual objeto.»

Aquella misma noche escribia ademas al general Dumouriez, á ese antiguo tráfuga de la Francia que no perdía de vista la guerra que se hacia contra su patria, y al cual Wellington daba cuenta de todos sus hechos de

armas, como pudiera hacerlo un discípulo á su maestro. «Ya sabeis, pues, lo que acabo de hacer, y me lisongo como quedareis contento de mí. Nunca he visto batalla como esta, ni conseguido victoria semejante. Confío haber concluido para siempre con Bonaparte, y ahora principia-remos á perseguirle en vida.»

Al siguiente día, y en el momento de atravesar la frontera, dirigió una proclama á los franceses, anuncián- doles su entrada al frente de un ejército victorioso, mas no como adversario, decia, sino como libertador, y con objeto de ayudarles á sacudir el yugo del enemigo del género humano, con el cual no habia paz ni tregua posible, terminando, finalmente, con recomendar la mas escrupulosa disciplina á sus tropas.

Escribió tambien al duque de Feltre, ministro de la Guerra de Luis XVIII en Gante, á fin de que impulsase al rey, cuya presencia era á la sazón tan necesaria, á ponerse en marcha y presentarse á los franceses que ansiaban su regreso y mediacion en los negocios. «La bandera blanca, le decia, ondea ya por fin en todas las ciudades, y la derrota sufrida por el ejército de Napoleon, es aun mucho mas decisiva que en un principio pudo creerse. Los soldados se retiran á sus casas á bandadas, la caballería y los trenes de artillería venden sus caballos por los pueblos donde pasan, la infantería arroja sus armas y se dispersa para acogerse á sus hogares. Solo en el bosque de Mormal se han recogido mas de dos mil fusiles.»

Intimó asimismo á los gobernadores de las plazas y al general que ocupaba á Cambay que rindiesen las armas al rey de Francia, y por último, no menos preocupado él mismo que los ministros de Luis XVIII del temor de una divergencia entre las potencias acerca de la restitucion al rey de su trono, escribió la siguiente carta á Mr. de Talleyrand en Cateau-Cambresis, á cuyo punto acababa de llegar aquel príncipe.

«El rey ha llegado ya, habiendo sido acogido por los habitantes con los mayores trasportes de alegría; siento en el alma que no hayais podido acompañarle hasta aqui, aunque por mi parte he insistido vivamente para que verificase su entrada en Francia al propio tiempo que nosotros, tanto porque deseaba dar con la presencia del rey á la batalla de Waterloo toda la importancia que aquella debe tener, cuanto porque previendo que S. M. iba á pasar por la mas grave crisis de su trono, al aproximarnos á París, queria que el rey se hallase lo mas próximo que fuese posible al punto donde debía decidirse su suerte. Si hubiérais podido penetraros de las consideraciones que á mí me guian en las presentes circunstancias, cuando aconsejabais á monseñor el rey que no llegase á entrar en Francia, estoy bien seguro que habrian sido muy diferentes los consejos que diéseis á S. M.»

Lord Wellington se espresaba aun todavía con mayor claridad en otra carta respecto á los temores que le asaltaban de que si Luis XVIII no se apresuraba á revestirse de su soberanía volviendo á tomar la corona por sí mismo y por la voluntad de su pueblo, quizá el Austria, la Prusia y la Rusia abandonasen la causa de un legítimo soberano, transfiriendo su derecho á otro cualquier príncipe de la rama de los Borbones ó de la familia de Napoleon.

El rey, atento solo á los consejos de lord Wellington, y no haciendo el menor caso de los de Mr. de Talleyrand, continuaba su viage hácia Cambay seguido de su corte y de su pequeño ejército, siendo acogido por todas partes como el natural mediador entre el pueblo y los estrangeros. Aparte de los sentimientos realistas, que por cierto se notaban mucho mas desarrollados por la parte del Norte y del Oeste que hácia el centro de la Francia, hasta el punto de salir á su encuentro poblaciones enteras, era evidente que el instinto de la pública salvacion era el que llamaba con mas fuerza á aquel príncipe para

pacificar y preservar por segunda vez á la patria de las represalias de la Europa. Nada habia en el mundo capaz de oponerse al impulso de la opinion y del buen sentido de la Francia. El nudo del 20 de marzo veíase por todas partes hecho pedazos al solo anuncio de la aproximacion del rey: solo en Paris, centro de todas las intrigas y de todas las facciones napoleónicas, orleanistas, militares ó parlamentarias, era donde ofrecia alguna mas dificultad el desatarlo.

II.

La Fayette, Sebastiani y Laforet, plenipotenciarios nombrados por Fouché, con objeto de proseguir en el cuartel general de las potencias respectivas una como sombra de negociacion, de cuyo verdadero sentido hemos hablado mas arriba, solo conseguian respuestas evasivas y aplazamientos. En Haguenau, donde á la sazón se hallaban á la vez los dos emperadores y el rey de Prusia, todos tres soberanos habian eludido cuantas noticias les pidieron los plenipotenciarios. Mr. de La Fayette, que ademas de su nombre, contaba con hacer valer las relaciones que contrajo en el año anterior con el emperador Alejandro en casa de Mad. Staël, en vano trató de resucitar semejantes recuerdos con objeto de atraer al emperador de Rusia hácia no sé qué causa mal definida de imperio modificado ó de monarquía alterada por la ilegitimidad de la corona; y Alejandro se negó á recibirle. Los soberanos se limitaron únicamente á nombrar unos comisionados ante los cuales debian presentarse los plenipotenciarios franceses á fin de presentarles las bases de la negociacion. Las conferencias que tuvieron lugar y que no eran mas que un juego para Fouché, tampoco eran otra cosa que una pura deferencia sin resultados ulterio-

res por parte de las potencias, pasándose en ellas el tiempo en varias conversaciones. Hablóse para el trono de Francia de Napoleon II, del duque de Orleans, del príncipe de Orange, del rey de Sajonia, y todas aquellas quimeras del partido bonapartista, que solo aspiraba á no sufrir un solemne desengaño por parte de la revolucion del 20 de marzo, ni aun siquiera obtuvieron el honor de una seria refutacion. Si al partido bonapartista ó enemigo de los Borbones podia parecerle humillante el recibir de nuevo á Luis XVIII, como impuesto por la necesidad y por la victoria, aunque aceptado por el voto de la mayoría del pueblo, era mil y mil veces mucho mas humillante el solicitar de los soberanos vencedores de Bonaparte la eleccion de un príncipe extranjero, y como tal desconocido para la patria. Tanto Mr. de La Fayette como Mr. de Laforet, acreditaron durante aquellas conferencias tener tan escaso sentido político como verdadero espíritu nacional; por lo que hace á Sebastiani, deber es confesar que se mostró sin duda alguna mucho mas impuesto en la fuerza y conveniencia de las circunstancias. «El pueblo francés, decia, es siempre libre en su eleccion, nada ha decidido todavía, y solo pide la paz y el restablecimiento de las buenas relaciones con la Europa.» Por último, las conferencias, despues de estas vagas cuestiones de palabras, quedaron rotas por el comisionado inglés, que declaró, de acuerdo con las otras potencias, no hallarse suficientemente autorizado para estipular cosa alguna.

III.

Lord Wellington por su parte supo guardar los mayores miramientos, si bien les habló con mucha mayor franqueza, á aquellos de entre los plenipotenciarios á quienes

tocó dirigirse á su cuartel general, así como al de Blücher. Después de convenir terminantemente en que según su opinión, la primer condicion de todo armisticio y de toda negociacion, debia apoyarse en el reconocimiento de los derechos de Luis XVIII, espulsado del trono por una faccion ya vencida, y vuelto á reintegrar de pleno derecho en todo su poder sobre las ruinas de esa misma faccion, les hizo presente, que puesto ya de acuerdo con Mr. de Talleyrand y con Mr. Fouché que seguian con él correspondencia diaria, y deseaban obtener del rey la separacion de Mr. de Blacas y el nombramiento de un ministerio mas nacional y mas de su partido, no podia menos de confesarles, oficiosamente si se quiere, que el rey habia cometido errores en 1814, que no habia sabido rodearse de hombres de Estado, suficientemente caracterizados por sus ideas constitucionales; y por último, que podia asegurarles que al regresar el principe á Paris se hallaba dispuesto á dar cuantas garantías fuesen compatibles con la dignidad del trono. Respecto á la insinuacion hecha por los partidarios del duque de Orleans, lord Wellington les contestó asimismo, que el colocar á aquel principe en el trono, equivaldria á dar el mas solemne mentís á todos los principios de sucesion por herencia que regian las monarquias de la Europa, y que á los ojos de la Inglaterra seria un segundo Napoleon, pero sin gloria, y un usurpador de sangre real.

IV.

Mientras tenian lugar estas vanas tentativas de negociacion, marchaba el rey lentamente precedido por los ejércitos de Wellington y de Blücher. Antes de poner el pie sobre el suelo francés, habia al fin separado de su lado á Mr. de Blacas, aquel tan decidido favorito suyo

que era al mismo tiempo tan temido, y cuya impopularidad hubiera creado á no dudarlo una importuna antipatía entre el rey y la Francia. Mr. de Chateaubriand y sus amigos, Mr. de Talleyrand, Fouché y sus agentes, y hasta el mismo lord Wellington, fueron los que lograron, si bien con no poco trabajo, que el principe se decidiese á hacer aquel sacrificio á la necesidad, si bien tan dolorosa separacion debió hacerse mucho mas llevadera al favorito á quien el rey colmó de títulos y recompensas que ascendian á la suma de siete ú ocho millones. Mr. de Blacas, sin embargo, supo mostrarse digno de los beneficios dispensados por su señor, poniendo mas adelante toda su fortuna, como emanada que era de la régia munificencia, á los pies de Carlos X cuando se hallaba pobre y destronado en su último destierro.

Una vez libre de la peligrosa presencia de Mr. de Blacas en su consejo, Luis XVIII publicó desde Cateau-Cambresis una régia alocucion, en la cual trataba de llamar al pueblo hácia sí.

«Desde aquella época, decia el rey, en que la mas criminal de las empresas, secundada por la defeccion mas inconcebible, nos puso en el sensible caso de tener que abandonar, aunque momentáneamente nuestro reino, no hemos cesado de haceros presentes los peligros que os amenazaban, si no os apresurábais á sacudir el yugo que os habia impuesto aquel tirano usurpador.

»Nosotros no hemos querido unir nuestros esfuerzos ni los de nuestra familia á los medios de que la Providencia se ha valido para imponer un castigo á la traicion; mas hoy, ya que los poderosos recursos empleados por nuestros aliados han conseguido hacer desaparecer á los satélites del tirano, nos apresuramos á volver de nuevo á nuestros estados, para restablecer en ellos la constitucion que dimos á la Francia, para reparar por cuantos medios están á nuestro alcance los males causados por la revolucion y por la guerra, que ha sido su precisa consecuen-

cia; para recompensar á los buenos servidores, poner en ejecucion las leyes vigentes respecto á los culpables, y para reunir, en fin, en derredor de nuestro trono paternal á la inmensa mayoría de los franceses, cuya lealtad, valor y decision á toda prueba han llenado de los mas dulces consuelos nuestro corazon.

»Dado en Cateau-Cambresis á 23 de junio de 1815, 21 de nuestro reinado.

«Firmado, Luis.»

La influencia de Mr. de Blacas dejábase aun traslucir en los términos de aquella imprudente proclama, redactada por el rey y por su canceller Mr. Dambray. El resentimiento que arrojaban de sí aquellas palabras, hubiera podido acaso producir en las Cámaras, en el ejército y en los numerosos cómplices del 20 de marzo un movimiento de desesperacion ante la perspectiva de los castigos con que el príncipe les amenazaba de una manera tan impolítica. La amnistía es la primer condicion en las reconciliaciones entre los reyes y sus pueblos, y si un vencedor hubiera apenas tenido derecho para espresarse en tales términos, mucho menos podria concedérsele á Luis XVIII que no era mas que un vencido impulsado por el triunfo conseguido por los estrangeros. Su papel en aquellas circunstancias era mas bien el de intercesor que no el de ejecutor de la Europa. Así es que aquella mal meditada alocucion solo sirvió para dar nuevo pábulo al movimiento que todo lo arrastraba en pos de sí.

V.

El rey llegó por fin á Cambray, cuyas puertas le fueron abiertas por el pueblo á pesar de la resistencia que á ello interpuso la guarnicion, verificando así su entrada en

aquella ciudad por la brecha triunfal que acababa de abrir el amor de los habitantes y el delirio de niños y mugeres, brecha que las jóvenes se apresuraban á cubrir de innumerables flores. Allí encontró reunido á su ministerio, el cual al propio tiempo que procuró borrar en el rey los recuerdos de la política de Mr. Blacas, le inspiró una nueva proclama dirigida á los franceses, mucho mas paternal y mas hábilmente redactada.

«Las puertas de mi reino, decia el rey, se abren de par en par ante mis ojos, y yo corro presuroso á colocarme por segunda vez entre los franceses y los ejércitos aliados, con la dulce y halagüeña esperanza de que los homenajes y consideraciones de que yo podré ser objeto, habrán de redundar en provecho de mis súbditos. Bajo esta sola forma he consentido en tomar parte en la guerra sin permitir tampoco que ningun príncipe de mi familia apareciese entre las filas de los estrangeros, y conteniendo sin cesar el ardor de aquellos de mis servidores que hubieran podido colocarse á mi alrededor.

»Una vez restituído ya á mi patria, no puedo menos de complacerme en hablar á mis pueblos con toda confianza. Cuando regresé la última vez en medio de ellos, hallé agitados todos los ánimos y como arrebatados por las mas contrarias pasiones, sin que mis ojos tropezasen por do quiera mas que con nuevos obstáculos y dificultades. Mi gobierno era fácil que cometiese algunos errores, y los debió cometer sin duda alguna, pues hay tiempos y circunstancias en que no bastan para gobernar las mas puras intenciones, y en que estas mismas intenciones extravian á los hombres. Solo la esperiencia era capaz de suministrar alguna enseñanza, y esta vez creo no habrá sido perdida. ¡Por mi parte, quiero todo aquello que pueda contribuir á salvar á la Francia!

»Mis súbditos han comprendido, aunque á costa de pruebas bien crueles, que el principio de la legitimidad de los soberanos es una de las bases fundamentales del

orden social, la única quizá sobre que puede establecerse en un gran pueblo una libertad sabia y bien ordenada. Esta doctrina que acaba de ser acogida y proclamada por la Europa entera, habíala yo consagrado ya de antemano en mi Carta, á la cual pretendo añadir en el día cuantas garantías puedan asegurar el mejor acierto.

»La unidad del ministerio será una de las mas fuertes y eficaces que podré ofrecer, aunque creo que ya exista en el día, y que la marcha franca y firme de mi consejo garantizará suficientemente todos los intereses y calmará todas las inquietudes.

»Háse hablado tambien en estos últimos tiempos acerca del restablecimiento del diezmo y de los derechos feudales; pero esto es una fábula inventada por el comun enemigo que no merece siquiera ser refutada, ni mucho menos debe esperarse que el rey de Francia descienda á rechazar tamañas calumnias y tan insignes falsedades. El éxito que ha tenido la traicion intentada deja conocer suficientemente cual ha sido el origen de tales voces, y además, si los poseedores de bienes nacionales hubieran acaso podido concebir algunos recelos, la existencia de la Carta debía tranquilizarles y apartar de sí toda desconfianza. ¿Por ventura, no he propuesto yo mismo á las Cámaras y mandado ejecutar diferentes ventas de esos mismos bienes? Esta prueba de la sinceridad de mis intenciones carece de réplica.

»Durante este último período que acabamos de atravesar, mis súbditos de todas las clases se han apresurado todos á darme las mas repetidas pruebas de amor y de fidelidad; yo quiero por lo tanto que sepan cuán gratas han sido á mi corazon tales demostraciones, y que de entre todos los franceses es donde deseo elegir aquellos que han de ocupar los destinos inmediatos á mi persona y mi familia.

»Jamás he pensado escluir de mi presencia sino á aquellos hombres cuyo solo recuerdo y fama es un objeto

de dolor para la Francia y de espanto para la Europa; pues si bien en la trama urdida por ellos se hallan comprometidos algunos de mis súbditos, mas que como culpables debe tratárellos como extraviados.

»Prometo, por lo tanto, yo que jamás he prometido nada en vano como lo sabe bien la Europa entera, prometo perdonar á los franceses los estravíos cometidos desde el día en que salí de Lila rodeado de tantas lágrimas hasta aquel en que entré en Cambray entre miles de aclamaciones.

»Pero como la sangre de mis hijos ha sido derramada por efecto de una traicion de que no hay ejemplo en los anales del mundo, traicion que ha obligado á los extranjeros á penetrar hasta el interior de la Francia, y de cuyas resultas cada día se me revela un nuevo desastre, debo, pues, por la dignidad de mi trono, por el interés de mis pueblos, por la tranquilidad de la Europa, esceptuar de todo perdon á los instigadores y autores de tan horrible trama, debiendo ser sometidos á la accion de las leyes por ambas Cámaras, de cuya reunion voy á ocuparme en el instante mismo.

»Franceses: he aquí los sentimientos con que regresa en medio de vosotros aquel á quien el tiempo no ha hecho variar en nada, ni la desgracia ha conseguido abatirle, ni la injusticia fatigar su ánimo.

»Este rey, cuyos antecesores hace siglos que reinan sobre vuestros abuelos, ha vuelto á ocupar el trono para consagrarse á defenderos y á consolaros.

»Dado en Cambray á 28 de junio del año de gracia de 1813, y el 21 de nuestro reinado.

«Firmado, Luis.»

VI.

Dejábase conocer en este manifiesto el insinuante ingenio de Mr. de Talleyrand, la magnanimidad realista de Mr. de Chateaubriand, y la magestad de estilo del mismo rey. Redactado también de acuerdo con Fouché, cuyos emisarios no se separaban un momento del lado del príncipe, aunque adoptando siempre diferentes formas, produjo una notable impresión en el espíritu público favorable á la causa del rey. Sus promesas hicieron que nadie pensara ya en la resistencia, escepto tres ó cuatro de los más comprometidos en los sucesos del 20 de marzo, por los cuales la nación justamente irritada no se hallaba dispuesta á sacrificar su existencia ó á aplazar su pacificación.

Los mariscales y generales que habían permanecido fieles á la causa del rey durante el segundo reinado de Napoleón, salían por todas partes á su encuentro. Macdonald, Oudinot, Gouvion de Saint Cyr hallábanse ya á la sazón en Cambray. El resto del ejército, replegado en los alrededores de París y las Cámaras que se hallaban encerradas en la capital, eran ya los únicos que se oponían á la completa restauración del trono de los Borbones. Fouché, fingiendo siempre que se hallaba en tratos con los enemigos, negociaba en realidad con las Cámaras; pero como estaba impedido de obrar con libertad á causa de sus colegas de gobierno, contaba con la influencia que habrían de ejercer forzosamente los males públicos para ayudarle á triunfar de cuantos obstáculos le rodeaban, y para hacer estallar el grito de los realistas, que se hallaba comprimido á causa del terror que inspiraba el ejército de París. Mas si por una parte aquel ministro, que se había lanzado á dar cima á tan aventuradas empresas, se

veía contrariado con la impaciencia que le devoraba por acabar de una vez con los restos de Napoleón, no dejaba por otra de halagarle sobremedera que la prolongada complicación de las dificultades que á cada paso se elevaban ante la marcha de Luis XVIII, suscitadas todas por la naturaleza misma de las cosas, viniesen á dar mayor realce ó importancia á los servicios que él quería prestarle con el fin de dominar el corazón del monarca, y conquistar una buena parte de poder después de su segundo advenimiento al trono.

VII.

Ya en diferentes ocasiones había tratado en el consejo de gobierno de plantear la cuestión de la proclamación de los Borbones, mas no habiendo sido bien acogidas sus insinuaciones por la mayoría, y principalmente por Carnot, que deseaba obtener algunas garantías á favor de la libertad en cambio del restablecimiento del trono, vióse precisado Fouché á aplazar el asunto para ocasión más oportuna.

La primera condición de libertad para París, consistía en el alejamiento inmediato del ejército, compuesto en su mayor parte de hechuras de Napoleón, y que uniéndose á las Cámaras, á los federales y á los habitantes de los arrabales, podría muy fácilmente envolver á la capital en sus propias ruinas. Fouché, que tenía una gran confianza en la firmeza de carácter, mesura y prudencia de que se hallaba revestido el mariscal Davout, hizo le nombrar generalísimo del ejército de París. Davout, por su parte, era demasiado buen militar para que pudiese inspirar al ejército recelos de ninguna clase, y demasiado buen patriota al mismo tiempo para tratar de inmolarse así como á la capital, á un acceso de rabia contra los Borbones, y á un movimiento póstumo en favor de Napoleón.

Estableció, pues, el mariscal su cuartel general en la Villette. Allí Grouchy con todos los demas gefes y cuerpos que componian el ejército del Norte, ibanse reuniendo en torno suyo, de modo que á la vista del enemigo que aumentaba considerablemente sus fuerzas, y de París que luchaba entre la duda y el desaliento, la situacion parecia prestarse mas bien á la negociacion que á la pelea: así, pues, lo comprendia Fouché, y así se lo indicaba sin cesar al mariscal de mil diversas maneras. Aquel gefe se hallaba ya por su parte resuelto á ello, y otro tanto sucedia á los generales y demas subalternos, y si alguno al parecer se mostraba algo menos decidido, era solo con el objeto de sacar todo el partido posible de las condiciones que se estipulasen. Las numerosas vicisitudes que todos sin escepcion habian sufrido durante su carrera militar, habíanles enseñado lo bastante á ceder ante la fuerza de los sucesos para que ninguno de ellos, una vez salvado el honor, tratase de aventurarse en una oposicion sin esperanza. Solo, pues, se hallaba detenido cada cual por esa especie de mudo pudor, que en circunstancias imperiosas, hace que ninguno se lance á tomar la iniciativa, ni á hacer pesar sobre sí la responsabilidad de una secreta resolucion que todos en general están deseando adoptar. El cuartel general del mariscal veíase invadido á todas oras por consejeros oficiosos, por agentes secretos, por negociadores mas ó menos decididos en favor del rey, de Mr. de Talleyrand y de Fouché, los cuales se mezclaban en las conversaciones de los generales, y trataban de animarlos á entablar la capitulacion. Entre los que se contaban en este número, hallábase Mr. de Vitrolles, hombre hábil para introducirse en todas partes, y que sabia muy bien lo que puede arriesgarse con caractéres á quienes sirve de móvil el interés, y Mr. Ouvrard, uno de los mas diestros aventureros de tiempo del directorio que habia llegado á penetrarse del poder que ejercen los negocios públicos sobre el dinero, y este sobre los negocios

públicos. Aquellos hombres, pues, los mas impulsados por su interés, los otros por sus propias opiniones, no cesaban de escitar á los generales á transigir con las circunstancias, lenguaje que por su parte y respecto al resto del ejército, era el que usaban tambien todos los buenos ciudadanos. Porque á la verdad, ¿á qué era el obstinarse mas y mas en sostener una antipatía militar contra los Borbones, cuando ya Napoleon se hallaba vencido, fugitivo, y quizá tambien surcando los mares, y cuando la capital y el pais todo nada podia ya dar sino sus cenizas al fanatismo producido por aquel nombre?

VIII.

Carnot habia llegado á sospechar que Fouché se valia de todos aquellos hombres para hacer resonar en los oídos del ejército el nombre de Luis XVIII, viniendo á quedar de este modo por tierra cuantas concesiones hubieran podido arrancarse á la monarquía. Provocado por algunos representantes bonapartistas de la asamblea que deseaban suscitar obstáculos á la entrada del rey en París, y que recelaban tambien de la traicion de Fouché, Carnot rompió por fin el silencio ante el consejo acerca de las maniobras que se ponian en juego en el cuartel general y contra la intervencion que en ellas tenia Mr. de Vitrolles, agente decidido de los realistas, que dirigió la insurreccion de Tolosa, habiendo sido preso por aquel hecho y puesto luego en libertad, y que á la sazón se ocupaba en ganar el ánimo de los generales, cuando debia hallarse encerrado en los calabozos de Vincennes. «Sí, señores, exclamaba, este hombre conspira en favor de Luis XVIII, y quizá no es él solo el que lo hace, añadió fijando la vista sobre su colega.—¿Querreis decir acaso que yo soy el que conspiro con él? repuso Fouché afec-

tando el mayor aplomo y la serenidad que habia perdido por un momento, al verse de tal manera interpelado. ¡Pues bien! decidlo terminantemente, y llevad la acusacion ante la Cámara! Nada hay que pueda impedirlo. Allí sabré yo defenderme.» Pero Carnot, que asi como fué osado para declarar su sospecha, fué pronto en retirarla, manifestó en el mismo instante que él no habia querido acusar á su colega de una culpable complicidad con aquel agente del realismo, sino hacer ver que aquel hombre trataba de corromper hasta al mismo general en jefe, por lo cual seria muy urgente y oportuno el reducirle nuevamente á prision. «¿Cómo, replicó entonces Fouché en tono de burla, hasta el mismo mariscal Davout es sospechoso para vos? Pues si es asi, no será tan fácil el prenderle, á no ser que vos seais capaz de ir á hacerlo en medio de su cuartel general.»

Fouché negó su voto para el arresto de Mr. de Vitrolles; Caulaincourt se escusó de votar por mediar entre ellos algunas relaciones personales, mas á pesar de esto triunfó la mayoría, decidiéndose su prision, que no llegó á llevarse á efecto, pues Fouché supo avisar con tiempo á su intermediario á fin de que pudiese sustraerse á aquel castigo. Por lo demas Carnot, con su natural negligencia, pareció contentarse con aquella pueril satisfaccion dada á sus recelos y sospechas, y aunque algo á su pesar, cedió al fin ante el poder de Fouché y la fuerza de los sucesos.

IX.

Un escaso número de generales exaltados eran los únicos que en el ejército se mostraban indignados contra las ostensibles apariencias de negociacion que mediaban entre Davout, Grouchy y los ejércitos extranjeros. Los

generales Dejean, Freissinet y algunos coroneles y oficiales, habian redactado una representacion á las Cámaras protestando contra la entrada de los Borbones, la cual, despues de entregada á Davout, fué dirigida por éste á la Cámara de los representantes, en donde fué leida por Dupont (del'Eure). Habíanla firmado los generales Pajol, Freissinet, D'Erlon, Roguet, Harlet, Pelet, Christian, Brunet, Chasteau, Vandamme y Ambert, y hasta el mismo Davout por no chocar con sus lugartenientes, consistió tambien en poner su nombre al pie de ella. «Los Borbones no ofrecen á la Francia garantía alguna, y asi sabremos morir peleando en contra de ellos.» Asi se espresaba la representacion, que era una especie de renovacion del juramento del 20 de marzo.

Al terminar su lectura se oyeron algunos vanos aplausos nacidos del partido militar ó bonapartista de la asamblea; pero por lo demas, aquel papel en nada sirvió para aliviar unas necesidades que no se contentaban ya con palabras. Los acontecimientos marchaban con mas precipitacion que las Cámaras, dejándolas á estas rezagadas. El mismo mariscal Davout habia firmado tan solo aquella protesta para no perder el prestigio que gozaba entre sus compañeros, y Grouchy estaba en tratos para un armisticio por orden del mariscal y de Fouché. Nadie queria que se supiese que se andaba en negociaciones, y todo el mundo negociaba á hurtadillas, apartaba la vista de las conferencias que mediaban entre ambos ejércitos y entre ambas causas. Los mariscales Ney, Grouchy y Mortier, á quienes se consultó por la Cámara de los pares acerca de la posibilidad de prolongar por mas tiempo la defensa de París, despues de haber sido tomada Aubervilliers por las tropas de Blucher, habian contestado, que las leyes reconocidas de la guerra aconsejaban indispensablemente una capitulacion si no se queria entregar la capital á los horrores de un asalto y á los estragos de un enemigo irresistible. La Cámara, convencida de

estas razones, pero detenida aun por las protestas de varios generales, menos sinceros sin duda ó mas desesperados en su causa, resolvió aguardar sin embargo el resultado de otra negociacion entablada por Mr. Bignon.

Este ministro, que aplicaba las ilusiones de la diplomacia á las realidades de la guerra, habia enviado varios plenipotenciarios á Wellington y á Blucher, á fin de obtener de ellos un armisticio, visto el mal éxito de los pasos dados por La Fayette y por Sebastiani. Aquellos plenipotenciarios diplomáticos, que eran Andreossy, Valence, Boissy D'Anglas, Flaugergues y Labesnardiere, habian recibido entre otras instrucciones, la de hacer aceptar como límite fijo é invariable para ambos ejércitos, una linea á distancia de veinte y cuatro leguas de la capital, demarcacion que habia sido arbitrariamente trazada por el ministro desde su gabinete, y que solo se hallaba defendida por el dedo con que aquel la habia designado sobre la carta. Blucher por su parte salvó la linea con el mayor desprecio, rehusando recibir á unos plenipotenciarios que respondian solo con unas cuantas palabras á doscientos mil hombres triunfantes é irritados, y gracias que por respetos á la Inglaterra, les permitió que atravesasen por donde estaban sus avanzadas y una parte de su ejército, á fin de trasladarse al cuartel general de su colega Wellington.

X.

He aqui los términos en que este general dió cuenta á su gobierno de la conferencia que tuvo con los plenipotenciarios. «Acabo de recibir á los cinco comisionados enviados de París con el objeto de pedirme una suspension de armas, y en primer lugar no he podido menos de decirles que en el estado actual de las cosas, yo no podia

menos de considerar como una asechanza toda tentativa de negociacion con nosotros, y que el suspender yo mis operaciones, era hacer traicion á nuestros aliados. Ellos me manifestaron por su parte que tenian motivos para creer que Napoleon habia ya abandonado á París, y que en el caso de que él persistiese en permanecer en la Malmaison, habia aun mil medios de que echar mano para obligarle á ello, bien enviándole á Inglaterra ó confiándolo á su suegro el emperador de Austria. A esto les he contestado que yo no me hallaba autorizado para decidir entre tan diversos partidos; pero que caso de ser enviado á Inglaterra, no dudaba un instante de que el príncipe regente creeria de su deber ponerle desde luego á disposicion de sus aliados.

»Dijéronme entonces que ellos le creian ya en Rochefort ó embarcado para América, preguntándome al mismo tiempo si en el caso de ser cierta su partida, consentiria yo en suspender mi marcha sobre París. Sobre este particular les he manifestado, que aparte de la presencia de Napoleon, existen todavía sus partidarios que habian declarado la guerra á los aliados, y que antes de suspender mis operaciones, la prudencia me aconsejaba la necesidad de ver de antemano, establecido en Francia, aunque no fuera mas que el bosquejo de un gobierno que diese algunas garantías de seguridad para la paz de la Europa. Me preguntaron qué era lo que pensaban los aliados respecto de ese particular; y á esto les repuse, que aunque yo no me hallaba en manera alguna autorizado por la Inglaterra ni por ninguna de las potencias sus aliadas, mi opinion personal era que no existia seguridad para la Europa ni para aquellas sino en la restauracion del rey, que cualquier otro sistema traeria consigo inevitablemente nuevas probabilidades de guerra, y que era hasta más digno para ellos el volver á llamar sin condicion alguna á su rey espatriado y fugitivo, que el suscitarle obstáculos y dificultades que retardarian indubitablemen-

te la paz, y servirían de impedimento á sus intenciones constitucionales. Todos ellos convinieron conmigo en que individualmente estaban convencidos de que el llamamiento del rey era el único paso capaz de atajar los peligros de que estaban erizadas las circunstancias, añadiendo además, que el restablecimiento de Luis XVIII era en el fondo el mas vehemente deseo del gobierno provisional, y que ese mismo gobierno y las Cámaras solo habian proclamado por el momento á Napoleon II con el objeto de atraer y conciliar á los soldados, que en gran número se habian refugiado en París despues de la batalla de Waterloo, cuya sedicion temian, y que seria origen de una guerra civil. Trataron de averiguar de mí, si una regencia que gobernase en nombre de Napoleon II seria cosa que satisfaria á los aliados, á lo cual les repuse rotundamente, que creia que de ninguna manera. Insistieron además para saber mi opinion acerca del llamamiento para el trono de Francia de un príncipe que no fuera el legítimo rey, y yo no quise entrar en la discusion de tales hipótesis, refiriéndome únicamente á todo lo que ya les habia manifestado.

»Siguiéronme á pesar de esto hasta mi cuartel general, y allí volvieron á reproducir sus preguntas sobre la elevacion al trono de un príncipe que no fuese su rey, y ya entonces les dije categóricamente, que solo veia garantías de paz para la Francia, y de seguridad para la Europa en la persona de Luis XVIII, á lo cual contestaron que me habian comprendido perfectamente; y aun añadieron algunos de ellos, como haciendo alusion á la opinion que yo acababa de manifestar: ¡Y teneis en eso muchísima razon!

»Trascurridos dos dias y habiéndose sabido ya la salida de Napoleon con direccion á los Estados Unidos, me preguntaron los plenipotenciarios qué habia que hacer ante todas cosas para tratar de la paz, á lo que les contesté que una vez removido el principal obstáculo que se

oponia á un armisticio, la medida mas conveniente que en mi opinion habria de tomarse, era que el ejército francés se replegara mas allá del Loira, y confiar París á la guardia nacional, y aun añadí por mi parte, que si se decidían á aceptar estas bases, interpondria mi influjo para con mi colega Blucher á fin de que suspendiese su marcha y hostilidades. Ofreciéronseles algunas objeciones á la idea de haber el ejército de retirarse mas allá del Loira, sin embargo de que dos dias antes me habian manifestado que solo la permanencia en París de aquella fuerza habia sido el motivo que indujo al gobierno y á las Cámaras á proclamar á Napoleon II, y yo volví entonces á hacerles presente que mientras quedase en la capital un solo soldado, no podia en lo mas mínimo suspender mis operaciones, pues que en realidad debian conocer si trataban sinceramente de restaurar á Luis XVIII sobre su trono, que aquel príncipe, rodeado en París por el ejército y por las Cámaras, quedaria á merced de todos los partidarios de Napoleon y siendo el instrumento de sus designios.»

XI.

Los plenipotenciarios de Mr. Bignon regresaron á París precisamente en los mismos momentos en que Blucher, despues de rodear la capital, atravesaba por la orilla izquierda del Sena. La ciudad, además de hallarse muy débilmente fortificada por ambas riberas, solo contaba para defenderse con los restos de las tropas que habian quedado de Waterloo, reducidos por la desercion y el desaliento á unos veinte mil hombres de todas armas, con el ejército de Grouchy, compuesto de unos treinta mil combatientes, con algunas partidas de tropa bisoña, un puñado de voluntarios y de federados, útiles solo para pe-